

## XXXVI

## EL VIAJE AL MEDIODÍA

El 14 de septiembre de 1852 Luis Napoleón partió de Saint-Cloud para girar su visita al Mediodía, y se detuvo desde luego en Orleáns, donde el prefecto no había recibido órdenes especiales. El príncipe fué recibido de la manera acostumbrada, á los gritos de «¡Viva la República! ¡Viva el presidente! ¡Viva Napoleón!» pero sin ninguna manifestación imperialista. El mismo día llegaba á Bourges, y aquí se ejecutó al pie de la letra el programa trazado por M. de Persigny. El príncipe oyó con sorpresa á toda la población gritar: «¡Viva Napoleón III! ¡Viva el emperador!» El 15 de septiembre se hallaba en Nevers, en Moulins el 16, en Roanne el 17, en Saint Etienne el 18; y en todas partes se reproducían las manifestaciones imperialistas. Se dirigían telegramas, dando cuenta de ellas, al ministerio del Interior, el cual los reexpedía á todos los departamentos para publicarlos en cada municipio de Francia.

El príncipe llegó á Lyon el 19, donde encontró á M. de Persigny. «La acogida que me hizo, escribe este último, fué glacial; jamás me había tratado con tanta frialdad; no hizo la menor alusión á mi iniciativa, y evidentemente estaba enojado por la determinación que osé tomar yo solo, contra ó sin su parecer.»

El príncipe acababa de escribir un discurso que se proponía pronunciar en Lyon, para declarar que deseaba mantener la República; pero M. de Persigny, de acuerdo con el general de Saint-Arnaud, M. Mocquard y M. Bret, prefecto del Ródano, procuró persuadirle de que era demasiado tarde para detener un movimiento de opinión que se había propagado por toda la Francia. El príncipe cedió sin gran resistencia, y acto continuo modificó el discurso; «pero me parece, añade M. de Persigny, que aun en medio de su triunfo inesperado, el alma de aquel gran príncipe experimentaba una especie de tristeza, pensando, por una parte, en las colisiones de que su persona podía ser causa, y sintiendo, por la otra, que le hubiera sorprendido un acontecimiento no previsto por él.»

El 21, el príncipe inauguró en Lyon la estatua de Napoleón I, y con este motivo pronunció un discurso en que decía: «En todas partes se ha elevado á mi paso el grito unánime de «¡Viva el emperador!» pero este grito es á mis ojos un recuerdo que conmueve mi corazón más bien que una esperanza lisonjera para mi orgullo. La prudencia y el patriotismo exigen que en semejantes momentos la nación se recoja antes de resolver sobre su destino, y aún es para

mí difícil saber bajo qué nombre puedo prestar mayores servicios. Si el modesto título de presidente pudiese facilitar la misión que me estaba confiada, y ante la cual no he retrocedido, no soy yo quien por interés desearía cambiar este título por el de emperador.»

El Príncipe Presidente se hallaba el 22 de septiembre en Grenoble, el 23 en



El barón Haussmann, autor de la reforma de París

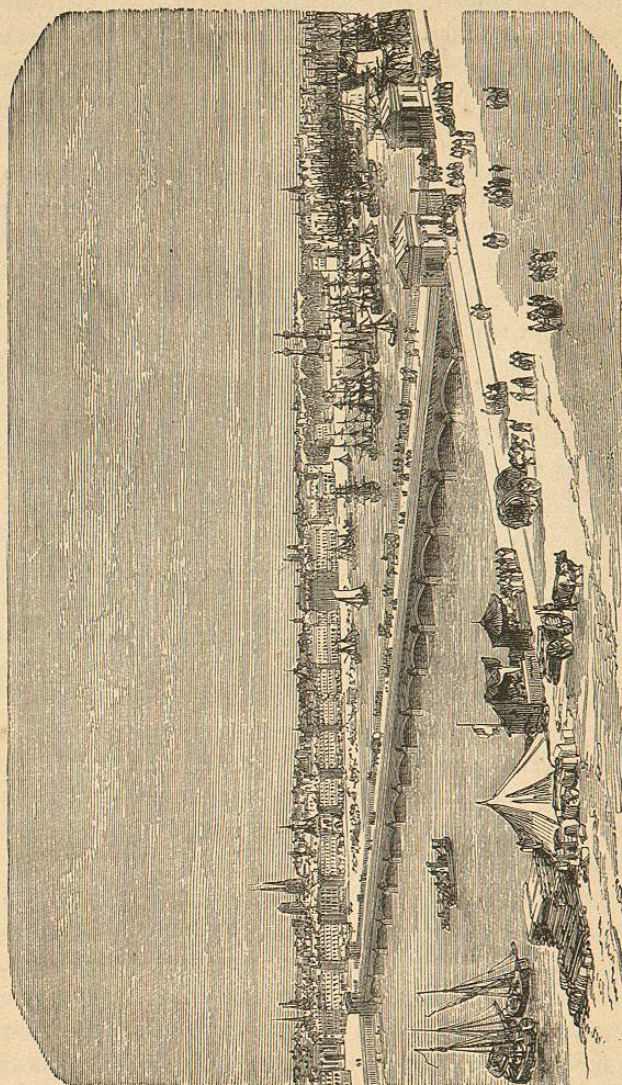
Valence, primera guarnición del emperador su tío, y el 25 en Avignón y en Marsella. La víspera se habían descubierto en esta ciudad los preparativos de conspiradores, que se proponían servirse..... de una máquina infernal; pero semejante descubrimiento tan sólo dió por resultado que se hiciera al príncipe una acogida más entusiasta aún. El 27 estaba en Tolón, el 30 en Aix y en Nimes, el 1.º de octubre en Tarascón, el 2 en Montpellier y en Narbona, el 3 en Carcasona, el 4 en Tolosa, el 6 en Agen y el 7 en Burdeos.

El barón Haussmann, que poco tiempo después se hizo justamente célebre como prefecto del Sena, había organizado la recepción del príncipe con esa ha-

bilidad y esa ciencia administrativa de que tan bien poseía el secreto. En sus curiosas Memorias ha referido los menores detalles de la recepción con la fidelidad de un Dangeau, y de consiguiente le dejaremos la palabra: «Para la entrada en Burdeos por el puente había un ceremonial convenido, practicado muchas veces y que ya era monótono para todos. La llegada del príncipe por la parte superior del río, que yo propuse, y su entrada en la ciudad por aquella hermosa rada, cuyos arcos de puente parecen ser el pórtico fluvial, proporcionaba, por el contrario, un esplendor sin ejemplo, del que yo respondía. Mi parecer prevaleció, y convinimos en que uno de los barcos de la Compañía de vapores del Alto Garona, adornado para el caso y bien abastecido á fin de servir un almuerzo á bordo, se pondría á las órdenes del príncipe en Agen el 7 de octubre por la mañana, con otro barco de escolta. La salida de Agen se efectuaría á las siete en punto – por quererlo la marea así – para que la llegada á Burdeos no pasara de las tres de la tarde.» Este programa se ejecutó fielmente, y M. Haussmánn añade: «El príncipe, por su afabilidad, su sencillez y su gracia para hablar, aunque no fuera más que un instante con cada uno y para informarse de todas las cosas, sedujo completamente á la concurrencia. Observaba el país, el curso del Garona, y preguntaba los nombres de las ciudades y de las aldeas escalonadas en ambas orillas, cuyas casas estaban adornadas de banderas, y cuyos habitantes gritaban á su paso «¡Viva el emperador!,» haciendo salvas por todos los medios posibles.»

Al acercarse á Burdeos, Luis Napoleón, queriendo ver mejor el aspecto general de la ciudad, subió al puentecillo del comandante. Pasado el puente, y cuando estuvo en pleno puerto, aquel espectáculo inesperado le colmó de admiración y de sorpresa; y estrechando el brazo del prefecto, exclamó: «¡Qué hermoso es esto!»

Desde el puente hasta el desembarcadero del muelle vertical, delante de los Quinconces, los barcos franceses, con sus marineros en las cofas y en las vergas, alineábanse en seis filas paralelas no interrumpidas, tres á cada lado, dejando un centro de cuatro metros para el paso. Más allá, delante de la fachada de los Chartróns, elevábase como un fondo de cuadro el bosque de mástiles de los barcos extranjeros, todos empavesados, y delante de ellos se veían los del Estado, que saludaban la llegada del príncipe con salvas de artillería, mientras que todas las campanas de la ciudad repicaban. Luis Napoleón desembarcó en la tierra firme del muelle vertical, y las autoridades le recibieron bajo un *velarium* sembrado de abejas de oro; después montó á caballo y dirigióse á la extremidad de la plaza de los Quinconces, donde desfilaron delante de él las comisiones de los quinientos cuarenta y cuatro municipios del departamento de la Gironda, con su bandera á la cabeza, con sus alcaldes y secretarios, luciendo sus fajas. Los individuos de estas comisiones formaban un conjunto de veinte mil hombres, todos los cuales llevaban en el ojal de la levita una medalla de bronce acuñada con la efigie del príncipe, y en el reverso las palabras: «Viaje al Mediodía.



Vista de Burdeos

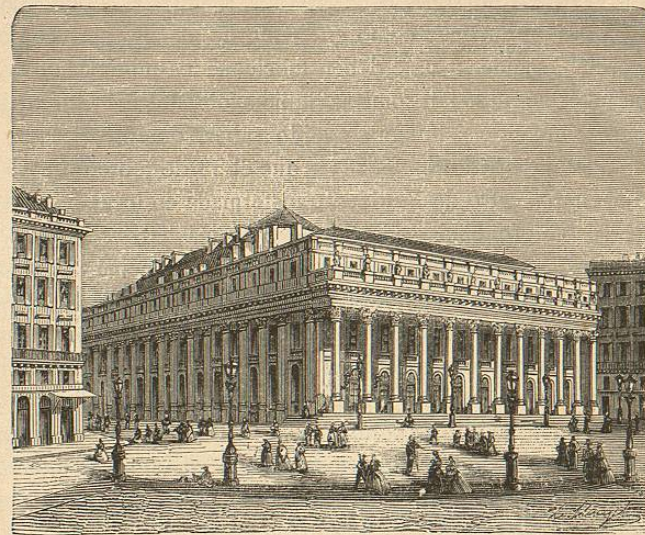
Burdeos, 7, 8, 9 y 10 octubre 1852.» Todos desfilaron á los gritos de «¡Viva el emperador! ¡Viva Napoleón III!» Después formaron filas desde la plaza de los Quinconces hasta la iglesia primacial, á la que el príncipe debía dirigirse y adonde fué á caballo, llevando por escolta una guardia de honor, compuesta de jóvenes elegantes de la ciudad, todos muy bien montados. Una vez delante del pórtico de la catedral, fué felicitado por el cardenal arzobispo, primado de Aquitania, que le condujo al coro, entonó el *Tedeum* y dió la bendición con el Santísimo Sacramento. El cortejo volvió á ponerse en marcha en dirección al palacio municipal, donde el príncipe debía alojarse durante toda su permanencia. Por la noche hubo un banquete de sesenta cubiertos, y en el jardín un concierto, dado por la Sociedad de Santa Cecilia. Toda la ciudad estaba iluminada.

Al día siguiente, 8 de octubre, otro banquete de sesenta cubiertos en el palacio municipal y baile en el Gran Teatro, uno de los más hermosos de Europa. El barón Haussmann tenía ya por colaborador á M. Alphand, el hábil ingeniero de caminos y canales, que había construído el muelle vertical de Burdeos, y los dos se entendieron para decorar la sala con magnificencia. Perfectamente unida con el escenario, formó con éste un inmenso óvalo, cuyo recinto llenaron ocho mil personas; el golpe de vista era deslumbrador.

El príncipe había aceptado para el día siguiente una comida que le ofreció la Cámara de Comercio, y el banquete se celebró en el salón de la Bolsa, asistiendo ciento ochenta convidados, que tomaron asiento alrededor de una mesa inmensa. En medio de esta última se había dejado un espacio considerable, donde se veía un verdadero jardín, formando como un vallecito, para no interceptar la vista de los convidados, y un estanque con surtidores de agua. Ocho-cientas personas ocupaban las galerías del primer piso. Al fin de la comida, á las nueve, Luis Napoleón se levantó, y con voz vibrante, en medio de un profundo y religioso silencio, pronunció estas palabras: «Existe un temor del que debo hablar. Por espíritu de desconfianza, ciertas personas se dicen que el Imperio es la guerra; yo digo que el Imperio es la paz. Lo es porque Francia la desea, y cuando Francia está satisfecha, el mundo está tranquilo. La gloria se puede legar á título de herencia; pero no la guerra. ¿Acaso han vuelto á comenzar sus luchas los príncipes que se honran justamente de ser los nietos de Luis XIV? La guerra no se hace por gusto, sino por necesidad, y en estas épocas de transición, en que por todas partes germinan junto á tantos elementos de prosperidad tantas causas de muerte, podemos decir con verdad: ¡Desgraciado de aquel que fuese el primero en dar la señal de una colisión en Europa!» ¡Ay!, ¿por qué los soberanos, y el mismo Napoleón III, han olvidado con demasiada frecuencia esta sabia reflexión?

El príncipe, continuando su discurso, desarrolló en estos términos su programa pacífico: «Convengo, no obstante, en que, así como el emperador, debo hacer muchas conquistas. Quiero, lo mismo que él, conquistar la conciliación de los partidos disidentes, atrayendo al curso del gran río popular las derivaciones

hostiles que van á perderse sin provecho para nadie. Quiero conquistar para la religión, la moral y el bienestar, esa parte de la población, tan numerosa aún, que en medio de un país de fe y de creencia apenas conoce los preceptos de Jesucristo, y que en el seno de la tierra más fértil del mundo apenas puede disfrutar de sus productos de primera necesidad. Tenemos inmensos territorios incultos que desmontar; se han de abrir caminos, construir puertos, hacer navegables varios ríos, terminar canales y completar nuestra red de caminos de hierro.



Teatro de Burdeos

Frente á Marsella hay un vasto reino que debe asimilarse á Francia. Es preciso acercar más al continente americano, por medio de la rapidez de las comunicaciones que aún nos faltan, todos nuestros grandes puertos del Oeste. En todas partes, en fin, tenemos que levantar ruinas, derribar falsos dioses y hacer triunfar verdades. He aquí cómo comprendería el Imperio si éste se hubiera de restablecer. Tales son las conquistas que medito, y todos los que me oís, que así como yo queréis el bien de nuestra patria, sois mis soldados.»

Unánimes aplausos acogieron este pacífico discurso, que debía producir en el extranjero tan gran efecto como en Francia. Poco después de haberle pronunciado, Luis Napoleón subió á la galería del primer piso, desde donde vió las iluminaciones de la rada, del puerto y de los cerros vecinos. Por todas partes se disparaban fuegos de artificio.

En la misma noche se dió en el Gran Teatro otro baile — esta vez popular — como el que se había celebrado la víspera, ofrecido por la ciudad y dedicado á la población obrera. Su carácter democrático agradaba particularmente á Luis

Napoleón, que sorprendió á los invitados presentándose y permaneciendo entre ellos más tiempo que en el baile de la víspera. Al entrar, quince jóvenes se acercaron á él; una de ellas, la señorita Aimée Ruspino, hija de un contraamaestre, antiguo bombero de la ciudad, llevaba una gran canastilla de flores, y las otras, vestidas uniformemente de azul, un ramo en la mano. La señorita Ruspino dirigió un cumplido al príncipe, que abrió el baile con ella, teniendo en frente al prefecto, el cual bailaba con otra hija de obrero. Las dos debían recibir al día siguiente una cruz enriquecida de diamantes, regalos del príncipe y del prefecto. La animación y alegría de aquel baile popular encantaron á Luis Napoleón, y jamás se había creído tan feliz como en medio de aquellos proletarios, que le hacían tan cordial acogida. ¡Cómo deben felicitarse los mortales de no conocer su futura suerte! ¡Qué nube tan sombría hubiera oscurecido la frente del príncipe, entonces triunfante, si hubiera podido saber, durante las ovaciones de aquella noche del 9 de octubre de 1852, que el 28 de febrero de 1871, en la misma sala del Gran Teatro de Burdeos, transformada en local de una asamblea parlamentaria, debía pronunciarse la caída de su dinastía!

El 10 de octubre, día señalado para la marcha, el príncipe dijo á los individuos del Consejo municipal: «Señores: Me habéis recibido como á un soberano; acordaos de mí como de un amigo.» Después se dirigió á pie á la catedral, donde fué recibido por el cardenal arzobispo. M. Haussmann le acompañó hasta Laroche-Chalais, donde se despidió de él, diciéndole entonces el príncipe: «No podría estar más satisfecho de mi permanencia en Burdeos, de todo cuanto aquí he podido ver, de la posición que os habéis creado en este país difícil y de los servicios que me prestáis.» Y añadió, sonriendo: «Cuando el príncipe está contento, el prefecto puede estar tranquilo.»

En los Charentes la acogida fué más entusiasta aún que en la Gironda. Según testimonio del mismo Luis Napoleón, fué sin disputa la recepción más enérgicamente simpática que se le había hecho: el más pequeño caserío pagaba su tributo como la ciudad más grande. El príncipe se hallaba en Angulema el 10 de octubre, el 11 en Saintes y en Rochefort, el 12 en la Rochela, el 13 en Niort, el 14 en Poitiers, el 15 en Tours, y el 16 llegaba á París, donde se le había preparado una entrada triunfal.

## XXXVII

## EL REGRESO Á PARÍS

Jamás soberano alguno hizo en su capital una entrada más solemne y fastuosa que la de Luis Napoleón en París el 16 de octubre de 1852. El presidente de la República, que iba á ser emperador antes de terminar el año, quería presentarse ya á sus futuros súbditos con una ostentación imperial, y la pompa que desplegaba era como el prólogo del plebiscito que debía ponerle el cetro en la mano. A lo largo de aquellos bulevares, recientemente aún campo de batalla de la guerra civil y obstruidos por barricadas, un jefe de Estado avanzaba á través de arcos triunfales con todo el prestigio de la fuerza y de la autoridad. El sentimiento republicano distaba mucho de haber desaparecido de París, sobre todo entre los obreros, y una ceremonia que se asemejaba á las ovaciones de los emperadores romanos no era propia para agradar á todo el mundo; pero el aparato escénico se había organizado tan hábilmente, que el espectáculo atraía á los mismos contrarios. La multitud era enorme, pues se había hecho ir del distrito y de los departamentos próximos toda una oleada de población verdaderamente bonapartista que hacía número en las manifestaciones simpáticas. Los parisienses acudían, unos obedeciendo á un entusiasmo verdadero, y los otros atraídos tan sólo por la curiosidad. Los grandes aparatos de tropas, los tambores, las músicas militares, los brillantes uniformes y los vistosos cortejos tienen el privilegio de entusiasmarlos. En todo el trayecto que el príncipe debía recorrer desde la estación de Orleáns hasta las Tullerías — unas dos leguas — veíanse casas adornadas, pabellones de armas, banderas, estandartes, corporaciones de obreros, grupos innumerables de niños con coronas de flores y niñas vestidas de blanco; hacía un tiempo hermoso y el sol era magnífico.

La estación del camino de hierro de Orleáns, por donde el príncipe debía llegar, se había adornado ricamente, colocándose sobre un estrado un sillón de terciopelo rojo con abejas de oro y cobijado por un dosel. Las comisiones de los grandes cuerpos del Estado se hallaban en las salas de espera; y al dar las dos, varias salvas de artillería y algunos coros anunciaron que el tren penetraba en la estación. El príncipe se apeó de su coche, saludado por los gritos de «¡Viva el Emperador!» Después de cruzar algunas palabras con varios personajes, particularmente con el arzobispo de París, montó á caballo, llevando por escolta cin